

Woody Allen

Homenaje póstumo a Sandor Needleman

Hace ya cuatro semanas y todavía me es difícil creer que Sandor Needleman haya muerto. Asistí a su cremación y, a petición de su hijo, llevé los malvaviscos, pero pocos entre nosotros podían pensar en otra cosa que en el dolor.

Needleman vivió constantemente obsesionado por su funeral. Una vez me dijo: "preferiría ser incinerado a ser enterrado y ambas cosas a un fin de semana con Mrs. Needleman". Finalmente escogió ser cremado y donó sus cenizas a la Universidad de Heidelberg que las esparció a los cuatro vientos y conservó un depósito en la urna.

Todavía puedo verlo con su traje arrugado y su suéter gris. Preocupado por cuestiones de peso, frecuentemente olvidaba al ponerse el saco, quitarle el gancho en que lo había colgado. Una vez, en una inauguración de cursos de Princeton, se lo hice notar y, sonriendo con serenidad, me dijo: "bien, dejemos que aquellos que están en contra de mis teorías piensen cuando menos que tengo

espaldas anchas". Dos días después fue enviado a Bellevue por ejecutar un repentino salto mortal hacia atrás en medio de una conversación con Stravinsky.

Needleman no era un hombre fácil de comprender. Muchos consideraban su reticencia, erróneamente, como frialdad; sin embargo, era capaz de una gran compasión: recuerdo que una vez, después de presenciar un desastre minero particularmente horrible, no pudo acabarse un segundo plato de waffles. Su silencio, por otro lado, relegaba un tanto a la gente; no obstante, él siempre consideró que la palabra era un defectuoso medio de comunicación y prefería sostener incluso sus más íntimas conversaciones con banderines.

Cuando fue destituido del profesorado de la Universidad de Columbia por su controversia con el entonces dirigente de la escuela, Dwight Eisenhower, esperó al reconocido exgeneral con un sacudidor de alfombras y lo apaleó hasta que Eisenhower corrió a refugiarse en una tienda de juguetes. (Habían tenido un encarnizado desacuerdo público en cuanto a si la campana de clase señalaba el fin de un periodo o el principio de otro.)

Needleman siempre deseó tener una muerte silenciosa "entre mis papeles, entre mis libros, como mi hermano Johann". (El hermano de Mr. Needleman había muerto asfixiado bajo la cortina de su escritorio mientras buscaba un diccionario de rimas.)

¿Quién hubiera podido imaginar que mientras Needleman observaba un edificio en demolición a la hora del almuerzo iba a ser golpeado en la cabeza por la bola de acero con que la grúa arrasaba los muros? El golpe causó un shock general y Needleman expiró minutos después con una amplia sonrisa. Sus últimas, enigmáticas palabras fueron: "no, gracias, yo ya tengo pingüino".

Como en todo momento, en el de su muerte, Needleman se encontraba trabajando en varias investigaciones. Elaboraba una ética basada en su teoría de que "un comportamiento bueno y justo no era sólo moral, sino que podía incluso llevarse a cabo por teléfono". También había emprendido un nuevo estudio semántico que estaba por concluir en el que probaba (como él sostenía con vehemencia) que las estructuras sintácticas son innatas mientras que los gemidos son algo adquirido. Finalmente, tenía todavía



otro libro sobre el Holocausto (que incluía algunos recortes). Needleman siempre había estado obsesionado por el problema del mal y sostenía, con gran elocuencia, que el verdadero mal era sólo posible cuando alguien llamado Blackie o Pete lo ejecutaba.

Su coqueteo con el Nacionalsocialismo causó escándalo en los círculos académicos, aunque, a pesar de todos sus esfuerzos, desde la gimnasia hasta las clases de ballet, nunca pudo dominar el paso de ganso. El nazismo era, para él, simplemente una reacción en contra de la filosofía académica, una posición con que siempre quiso impresionar a sus amigos para acorralarlos y así poder decirles, de golpe y en la casa con fingida agitación: “¡Ahá! Te atrapé.” Es muy fácil, en principio, criticar su inclinación hacia Hitler sin tener en cuenta sus tesis filosóficas. Rechazaba toda la ontología contemporánea y afirmaba que la existencia del hombre precedía a la del infinito aunque no tenía tantas opciones. Needleman distinguía entre existencia y Existencia y sabía que una era preferible a la otra aunque nunca pudo recordar cuál. La libertad humana consistía, para Needleman, en una existencia consciente del absurdo de la vida. “Dios es silencioso —afirmaba con frecuencia— ahora, si sólo pudiéramos lograr que el Hombre también se callara.”

La autenticidad del Ser, razonaba Needleman, sólo se podía adquirir durante los fines de semana e incluso, en esos casos, se requería de un coche prestado. El hombre, de acuerdo con Needleman, no era una “cosa” separada de la naturaleza, sino que estaba involucrado “en la naturaleza” y no podía observar su propia existencia si no se fingía primero indiferente para saltar súbitamente al extremo opuesto de la habitación con la esperanza de sorprenderse a sí mismo.

El término que Needleman utilizaba para designar el proceso vital era *Angst Zeit* que significa aproximadamente *Tiempo de Angustia* y sugería que el hombre era una criatura condenada a existir en el tiempo aunque no fuera ahí donde se situaba la acción. Después de reflexionar largamente, la integridad intelectual de Needleman lo convenció de que él mismo no existía, de que sus amigos tampoco existían y de que lo único real eran sus deudas con el banco por seis millones de marcos. De aquí que la

filosofía del poder del nacionalsocialismo lo sedujera del tal modo, o, para decirlo con sus propias palabras, “tengo la clase de ojos que se avivan con una camisa color café”. Una vez que se hizo claro que el Nacionalsocialismo era exactamente el tipo de amenaza que Needleman rechazaba, huyó de Berlín. Disfrazado de matorral y caminando sólo de ladito con rápidos y ágiles pasos de tres en tres, cruzó la frontera sin ser sentido.

Gracias a su reputación no había lugar de Europa al que llegara Needleman en el que no se topara con estudiantes e intelectuales ansiosos de ayudarlo. Mientras huía, encontró tiempo para publicar *Tiempo, esencia y realidad: una sistemática reconsideración de la nada*, y su delicioso y ligero trabajo *Selectos lugares para comer en la clandestinidad*. Chaim Weizmann y Martin Buber hicieron una colecta y obtuvieron peticiones firmadas para permitir que emigrara a los Estados Unidos, pero, en ese momento, no había habitaciones desocupadas en el hotel de su preferencia. Con los soldados alemanes a unos cuantos minutos de su escondite en Praga, Needleman decidió partir hacia Estados Unidos; sin embargo, el exceso de equipaje suscitó, en el aeropuerto, una serie de situaciones embarazosas. Albert Einstein, que iba en el mismo vuelo, le explicó que podía cargar con todo si tan sólo dejaba las hormas de sus zapatos. Después de este hecho sostuvieron ambos una cordial correspondencia. Einstein le escribió una vez; “su trabajo y mi trabajo tienen mucho en común, aunque todavía no estoy demasiado seguro de cuál es su trabajo”.

Una vez asentado en Estados Unidos, Needleman no dejó de suscitar controversias. Allí publicó su famoso *Inexistencia: qué debe Ud. hacer si de pronto lo agarra desprevenido* y su obra, ya clásica, sobre filosofía lingüística *Manifestaciones semánticas del funcionamiento no esencial*, que se convirtió luego en el exitoso film *Volaron de noche*.

Harvard le pidió su renuncia —el caso típico— a causa de su afiliación al Partido Comunista. Consideraba Needleman que únicamente en un sistema en el que no existiera la desigualdad económica podría haber una libertad real, y citaba como modelo de sociedad a una colonia de hormigas. Era capaz de pasar horas observando el ir y venir de las hormigas, diciéndose con melancolía, “son



verdaderamente armoniosas. Si tan sólo sus mujeres fueran un poco más bellas, lo tendrían todo". Como un dato interesante, cuando Needleman fue llamado a declarar ante el Comité de Actividades Antiamericanas de la Cámara de Diputados, delató a algunos compañeros y se justificó luego ante sus amigos con una cita filosófica propia: "los actos políticos no tienen consecuencias morales pues existen fuera del reino del verdadero Ser". Por primera vez la comunidad académica soportó la injuria y no fue sino semanas más tarde que el profesorado de Princeton decidió enchapopotar y emplumar a Needleman. Casualmente, Needleman utilizaba el mismo razonamiento para justificar una particular idea del amor libre. Sin embargo ninguna de sus dos jóvenes alumnas se lo tragó y la de 16 años incluso lo delató.

Needleman era fanático de la suspensión de pruebas nucleares y, en una ocasión, se trasladó a Los Alamos donde varios estudiantes se resistían a desalojar el lugar programado para una explosión atómica. Conforme el

reloj iba dejando pasar los minutos y se iba haciendo evidente que la prueba se llevaría a cabo como estaba previsto, se oyó cómo Needleman musitaba algo y comenzaba luego a correr. Lo que los periódicos nunca dijeron es que no había comido en todo el día.

Es fácil recordar la figura pública de Needleman —ese comprometido y brillante autor de *El estilo de las modas*. Sin embargo, es el Needleman de la intimidad el que siempre evoco con agrado, el Sandor Needleman cubierto invariablemente con alguno de sus sombreros favoritos. De hecho fue incinerado con un sombrero puesto. O aquel Needleman que amaba los films de Walt Disney tan apasionadamente que, a pesar de las ilustrativas explicaciones con que Max Planck le quería hacer ver lo que era la animación, no pudo ser disuadido de hacer una llamada persona a persona con Mimí.

Cuando tuve a Needleman como huésped en mi casa, como sabía que tenía una apasionada predilección por una marca específica de latas de atún, proveí la despensa con ella. Si bien era demasiado tímido para reconocer ante mí su afición, una vez, pensando que se encontraba solo, abrió todas las latas murmurando ante ellas con pasión "¡hijas más, hijas más!".

En la ópera en Milán, adonde asistimos en compañía de mi hija, Needleman se inclinaba tanto hacia afuera del palco que en un momento cayó en medio del foso de la orquesta. Demasiado orgulloso para admitir que había sido un error, asistió a la ópera toda las noches durante un mes y repitió la escena diariamente. Al poco tiempo, tenía ya una ligera contusión cerebral. Le insinué que ya podía suspender las caídas, dado que su intención había quedado bien asentada.

"No, sólo unas cuantas más —replicó Needleman—. En realidad no es tan malo como parece."

Recuerdo el septuagésimo cumpleaños de Needleman. Su esposa le compró una pijama. Needleman estaba palpablemente desilusionado ya que él había insinuado que deseaba un Mercedes último modelo. Sin embargo, era tal la calidad humana de Needleman, que se retiró a su estudio para hacer su berrinche en privado. Cuando volvió a entrar al salón de la fiesta, venía sonriendo y con la pijama puesta, listo para asistir a la noche de estreno de dos obras cortas de Arabel.